

é imitador de San Agnato, son venerados todos como santos.

Brilló asimismo entonces una de las mas grandes lumbreras de la iglesia de la Galia en la persona de San Remigio de Reims: aurora feliz de la fé francesa, que resplandeció al punto con el mas nítido esplendor, y que aun conserva la misma pureza despues de tantos siglos. Remigio, nacido en el territorio de Lyon, de una familia distinguida, era hijo de Emilio y Celinia, y hermano de Principio que fué obispo de Soissons; mas Remigio fué un hijo de prodigios profetizado por un santo solitario llamado Montano, y concebido contra el órden natural en el seno estéril de la ancianidad. Por otro milagro no menos maravilloso, su nacimiento restituyó la vista á su profeta, es decir, al santo viejo Montano que estaba ciego (1). Todo fué igualmente asombroso en su juventud: sobrepúj las virtudes hereditarias de su familia; y desde la edad mas tierna se señaló de tal manera por la escelencia de su ingenio y por sus adelantamientos en las letras, que segun el elocuente Sidonio, fué el orador mas completo de su edad. En suma, se hizo tan recomendable, que habiendo muerto Benagio, obispo de Reims, fué elegido Remigio unánimemente, y precisado, á pesar de la mas constante resistencia y del impedimento de su edad que no pasaba de veintidos años, á ocupar esta Silla, una de las mas ilustres é importantes de todas las Galias.

Edificó igualmente estas provincias la piedad admirable de sus solitarios y cenobitas. Desde las costas meridionales que tenian mas comercio con el Oriente, donde habia principiado esta vida angélica, fué penetrando paso á paso por todas la provin-

(1) Flodoar. *lib. 1 hist. cap. 41*; Hincm. *apud Syr. ad diem 13 Jan.*

cias francesas. Ya habia monasterios en las cercanías de Viena y Lyon: el de la isla Barba en Saona, célebre ya desde principios del siglo V, es tenido por el mas antiguo. San Martin habia fundado muchos en el territorio de Tours, San Victricio en Ruan, y San German en Auxerre, donde dejaron muchos discípulos celosos que perpetuaron los ejemplos y fecciones que ellos habian recibido. Asi pues, á mediados del siglo quinto apenas hubo ninguna provincia en las Galias donde no se viesen estas comunidades mas angelicales que terrenas.

San Roman, nacido en el pais de los secuanos ó sea el Franco-Condado, estudió las reglas de la vida perfecta en el monasterio de Ainai, edificado en Lyon en el parage donde fueron martirizados los primeros mártires de esta antigua ciudad (1). A la edad de treinta y cinco años se retiró á los bosques del monte Jura con un ejemplar de la vida de los Padres y de las instituciones de Casiano, que su abad Sabino quiso dejarle. Se detuvo en un lugar llamado en lengua céltica Condat ó Condé, á causa de la confluencia de los rios Bienna y Aliere, entre tres montañas, donde encontró una fuente, algunas yerbas silvestres y un pedazo de tierra propio para el cultivo. Ya habia pasado algunos años en este retiro, cuando su hermano Lupicino fué advertido en sueños que fuese á unirse con él. Aunque hermanos, y uno y otro santos, eran de un carácter del todo diverso: Roman, suave, indulgente y siempre dispuesto á disculpar las faltas de los otros; Lupicino, severo naturalmente y de una firmeza inflexible en mantener la regla y castigar todas las transgresiones; pero como estaban unidos por el espíritu de Dios mucho mas que por la naturaleza, y se encaminaban enteramente á un mismo objeto, resultó de

(1) Bolland. *ad diem. 28 Februar.*

su diverso método un régimen medio que produjo los mas felices resultados. Atrajo tantos discípulos la fama de su austeridad y de sus virtudes, que no siendo bastante el monasterio de Condat para el gran número de los que llegaban diariamente, desmontaron en el bosque cercano un territorio llamado Laucona, donde formaron un segundo monasterio del cual fué abad Lupicino, siguiendo sin embargo los dos hermanos comunicándose sus ideas y sus mútuos consejos.

Tenian una hermana que quiso imitar su vida; y edificaron para ella otro monasterio sobre un monte vecino lleno de cavernas, lo que hizo llamar á esta casa la Beaume, que en lengua céltica significa caverna. Reuniéronse allí en breve mas de cien religiosas, las cuales guardaban una clausura tan exacta, que aunque muchas de ellas tenian sus hermanos ó sus hijos en el monasterio de Laucona, que solo distaba de allí algunos pasos, nunca les hablaban ni tenian mas comunicacion con ellos que si ya hubieran muerto. En cuanto al recinto de su monasterio no salian de él, sino para ser conducidas á la sepultura, que segun la costumbre antigua estaba fuera de la clausura.

Siguiendo Roman su natural indulgente y fácil, recibia á todos los que se presentaban. Un dia que le reconvinó sobre esto un religioso anciano, le contestó el piadoso abad: «Hermano mio, ¿sabeis quiénes son los que perseverarán? ¿Cuántos habeis visto en estos monasterios que no han correspondido despues á los principios mas fervorosos? Otros, al contrario, despues de infidelidades y escándalos de inconstancia volvieron al camino recto con doble fervor, y han llegado á una perfeccion eminente.» San Roman fundó tambien en la diócesis de Lausana un monasterio llamado de su nombre Roman Moutier, Murió veinte años antes que su

hermano Lupicino, el cual llegó á una extrema vejez á pesar de la austeridad de su vida y de su pasmosa abstinencia. Lupicino no permitia que se sazonasen con aceite ni con leche las legumbres en que consistia todo su alimento, y no habia bebido vino desde que entró en el monasterio. No bebió cosa alguna en los ocho últimos años de su vida, y cuando la sed le atormentaba mucho, humedecía en el agua el pan, que tomaba entonces solamente para no morir de hambre. El monasterio de Condat, que despues se vió rodeado de casas, llegó á ser una ciudad en que hace algunos años se hallaba la célebre abadía de San Claudio (Saint-Cloud), erigida en obispado á mediados del siglo XVII. Laucona es ahora un pueblo que lleva el nombre de San Lupicino. Comunicábanse asi los grandes ejemplos de la perfeccion evangélica en todas las Galias, aunque sujetas al dominio de principes bárbaros inficionados todos con la idolatría ó la heregía. Chilperico, rey de los borgoñones, aunque gentil, fué gran bienhechor de los discípulos de Roman, á los cuales asignó una renta anual de trescientos celemines de trigo, y de trescientas medidas de vino para su subsistencia, con cien sueldos de oro para vestir.

El Oriente, gobernado de un modo mas favorable en la apariencia á la verdadera fé, estaba en realidad en un estado mucho mas lamentable. Asi que Zenon se vió árbitro del imperio, soltó el freno á todas sus pésimas inclinaciones sin que pudiesen tenerle á raya los sentimientos de equidad ó de pudor, ni principio alguno de moderacion ó humanidad (1). Parecia que estaba persuadido de que la gloria de los soberanos consiste en hacer el mal ostentosamente, y que solo debian tener vergüenza de mostrar temor al tiempo de hacerle. Por lo demás,

(1) Evagr. *lib. 1 hist. cap. 4.*

insensible de todo punto á las injurias que de todas partes se hacian al imperio, vivia sumido en la disolucion y en el libertinage, en tanto que los sarracenos ó árabes al levante, y al poniente los hunnos que habian pasado el Danubio sin oposicion, saqueaban las fronteras y penetraban hasta lo interior de las provincias. Apenas pensaba en oponerse á sus progresos, y tal vez el pueblo tenia menos que temer de los bárbaros que de la dureza é insaciable codicia de su emperador. Un estado tan violento no podia durar. Desde el año 475, segundo del reinado de Zenon que acababa de indisponerse con la emperatriz Verina, viuda de Leon, Basilisco, hermano de esta, se hizo proclamar Augusto, y redujo al despreciable emperador á mantenerse escondido en Isauria su patria (1).

Esto era salir de un precipicio para caer en otro mas espantoso, y el gobierno de Basilisco, que solo duró dos años, pareció aun mas tiránico que el de Zenon. El tirano se declaró al punto en favor de los eutiquianos, y llamó á Timoteo Eluro que habia diez y ocho años que estaba confinado. Presentóse este falso patriarca de Alejandria lleno de orgullo en Constantinopla, donde fué recibido en triunfo por los de su secta. El fanatismo llegó á tal punto, que se remedó la entrada triunfante del Salvador en Jerusalem, subiendo Timoteo en un asno y esclamando sus satélites; *bendito sea el que viene en nombre del Señor*; pero yendo desde el palacio á la iglesia, dió tan fuerte caída que se rompió una pierna. No por esto perdió su crédito para con Basilisco, á quien persuadió que condenase en público el Concilio de Calcedonia y la carta de San Leon á Flaviano.

Esta condenacion la dirigieron en forma de carta circular á todos los obispos. So-

(1) Id. lib. 3, cap. 3.

pretexto de procurar la union de la Iglesia y conservar los decretos de los tres primeros Concilios generales, proscribian el cuarto hasta en las definiciones de fé. Es verdad que la carta de Basilisco condena al propio tiempo á los que suponen la carne de Jesucristo de otra naturaleza que la nuestra ó que no encarnó sino aparentemente; mas era esto una especie de mitigacion de la heregia de Eutiques para salvarla del oprobio de las antiguas impiedades mas conocidas y del todo desacreditadas: modificacion que no destruia menos los decretos del Concilio y la sumision que se les debia. Añade la carta circular, que al suscribir cada obispo, anatematizase espresamente cuanto se habia hecho en Calcedonia: que los que en lo venidero osasen mentarlo, serian castigados como perturbadores de la Iglesia y del Estado; y que por estos dos motivos los obispos y los clérigos serian depuestos, y los monges y los legos confinados con confiscacion de bienes. Autorizó Basilisco tambien un Concilio, que abolió el privilegio atribuido á la Silla de Constantinopla al fin del Concilio de Calcedonia, lo cual influyó mucho en el celo de Acacio contra este emperador.

El primero que firmó fué Timoteo Eluro. Pedro Fulon ó el batanero, que en el reinado anterior habia caido en desgracia por la misma causa que él, y que echado de Antioquia permaneció escondido en un monasterio de acemetas, compareció á la sazón y suscribió despues de Timoteo en calidad de segundo patriarca; y aun se dice que tambien suscribió Anastasio, patriarca de Jerusalem. Los desórdenes escitados entonces en Palestina por los monges cismáticos renovaron efectivamente todas las escenas de horror y escándalo sucedidas veinte años antes en tiempo del abad Teodosio. En una palabra, fué tal la defeccion, que se cuentan cerca de quinientos obispos

que condenaron por escrito la carta de San Leon y el Concilio de Calcedonia. El único de los patriarcas que se negó á suscribir fué Acacio de Constantinopla: proceder que le haria mas honor si le hubiera sostenido en lo sucesivo, y si desde entonces no se hubiera abandonado á un entusiasmo que deja traslucir muchas veces la afectacion y que mas bien es dictado por el interés propio que por el espíritu de Dios. Vistióse de luto, y cubrió con paños negros la cátedra episcopal y el altar. Tenia á su favor los monges y todo el pueblo de Constantinopla.

De una manera mas paternal y pontificia procedió el Papa Simplicio. Escribió á Basilisco una carta muy tierna (1), instándole á seguir los ejemplos piadosos de los emperadores Marciano y Leon, de ilustre memoria, de que él habia sido testigo. Tambien escribió al patriarca de Constantinopla á quien hizo su legado con el fin de oponerse al usurpador de la Silla de Alejandria. Pero no daba á su legado mas facultades que las de solicitador para con Basilisco, á quien el Papa queria quitar el pensamiento de celebrar nuevo Concilio; porque jamás se han celebrado, dice el Papa, sino cuando derramando los espíritus turbulentos nueva oscuridad sobre el dogma, ha sido indispensable disiparla con las luces reunidas y la unanimidad de los votos de los pastores.

Vanos fueron todos los cuidados y afanes del Pontífice; pero un hombre desconocido y sin bienes, sin mas autoridad que la que dan la virtud y el desprecio del mundo, hizo una viva impresion sobre el tirano, y aunque sin poder mudar lo interior de su alma, impidió á lo menos los mayores excesos con el terror que le inspiró de los juicios de Dios. Tal fué el asombroso poder del santo hombre Daniel llamado el Estilita

por la misma razon que San Simeon, al cual habia sucedido en su manera de vivir sobre una columna, y aun era mas admirable que el mismo Simeon, porque moraba en un clima mucho mas crudo, cerca de la embocadura del Ponto Eusino, sobre un monte espuesto á vientos continuos y frios escesivos. Mirábasele como la salvaguardia del imperio desde los tiempos del emperador Leon que le visitaba muchas veces y por medio de sus oraciones tuvo un hijo. Los mismos bárbaros le respetaban tanto, que habiendo venido el rey de los lazoes á tratar con los romanos, le llevó el emperador á visitar á Daniel, y el Santo fué el árbitro del tratado entre los dos príncipes. A vista del peligro en que se hallaba la Iglesia, el patriarca de Constantinopla llamó á Daniel; al principio no quiso ir, no pudiendo resolverse á interrumpir su método de vida enteramente espiritual y celestial para entrar en el lodazal de este mundo. Pero Acacio le envió muchos obispos con encargo de hacerle mas fuertes instancias, y de proponerle el ejemplo del Hijo de Dios que bajó del cielo mismo para nuestra salvacion.

Entonces bajó Daniel de su columna, y fué á la capital donde le recibieron con indecible alegría. El pueblo, siempre estremado, se acaloró de tal modo contra los fautores del cisma, que desde entonces hubiera causado una revolucion en el gobierno, si el Santo no hubiese apaciguado las gentes. Espantado Basilisco salió de la ciudad y se retiró al castillo del Hebdomon; pero Daniel le siguió acompañado de una multitud de solitarios y de otras personas respetables por su piedad. Su modo de vivir siempre en pié le habia hinchado de tal suerte los pies, que no podia andar, y fué preciso llevarle. Un ridiculo bufon dijo viéndole desde una ventana: *ved aquí una especie de cónsul del todo nueva*; pero le costó cara esta chufleta, pues al punto cayó muer-

(1) Simp. P. Epist. ult. tom. 4 Concilior.

to; porque el Señor, que penetra el fondo de los corazones, juzga de ciertas ligerezas de muy diversa manera que los hombres (1). Temerosos los guardias de que sucediese alguna desgracia al Emperador, negaron la entrada á Daniel, y este al retirarse sacudió el polvo de sus pies segun el consejo del Evangelio. Basílisco, que estaba muy lejos de pensar como sus soldados, así que se le participó lo que acababa de acontecer, mandó que fuesen corriendo á buscar al Santo y le pidieran que volviese. Aumentándose su desazon por momentos, le envió varios mensajeros, pero todos fueron en vano. Corrió el príncipe mismo á echarse á los pies del siervo de Dios y le pidió perdón en público; mas esta humildad, ó este bajo y servil temor, escitó el desprecio de los espectadores, sin seducir al profeta, el cual dijo á los que allí estaban que este artificio inútil no haría revocar los decretos de la justicia del cielo; y después de haber predicho la cercana caída de Basílisco y hecho algunos milagros, se volvió á su columna.

Hallábase Timoteo Eluro en camino para volver á ocupar la Silla de Alejandria cuando llegaron á sus oídos estas noticias. Temió que los católicos lograsen la revocacion de la carta circular del emperador, y reuniendo á toda priesa los obispos que pudo de su partido, tuvo en Efeso una especie de concilio. Remitieron desde allí todos juntos una representacion á la corte, queriéndose de que se les acusase falsamente de haber suscrito por fuerza la carta circular, añadiendo por otra parte cuanto pudo dictarles su astucia para conservar la gracia del príncipe; y después de esto Timoteo Eluro siguió su viage. Noticioso Timoteo Solofaciolo, patriarca católico de Alejandria, de la llegada de este usurpador, se retiró á los monasterios de Cánope, cuya regla ha-

(1) Theod. lect. pag. 556.

bia observado. Su dulzura y bondad de alma le hicieron tan amado de todos, hasta de los cismáticos, que el envidioso rencor de Eluro jamás pudo descubrirle. La llegada de este sembró por el contrario la eizafia y la desunion entre los sectarios de Egipto, la mayor parte de los cuales eran severos eutiquianos, al paso que Timoteo Eluro, aunque enemigo del Concilio de Calcedonia, sostenia que el Verbo era consubstancial al Padre segun la divinidad; y que su carne era consubstancial á la nuestra.

Tambien volvió Pedro Fulon, de orden de Basílisco, á la Silla que habia usurpado, la que encontró vacante á su arribo á la ciudad de Antioquia; porque el patriarca católico Julián habia muerto de pena á vista de los desastres que sufría su iglesia; pero los cismáticos no estuvieron mas acordados en Oriente que en Egipto. Atribuyendo Pedro la Pasión á la naturaleza misma de Dios, y no á la sola persona del Verbo encarnado, añadió al trisagio estas palabras que llegaron á ser tan famosas: *tú que fuiste crucificado por nosotros, ten piedad de nosotros*. Encaprichado con su invencion, segun la mania de todos los novadores, en tanto que la antigua fé le era tan indiferente, fulminaba anatemas contra todo el que rehusaba orar á su modo, y cada dia causaba nuevas sediciones. No tuvieron mejor resultado las ordenaciones que hizo para fortificarse, y al cabo le vendió un mal presbítero de Constantinopla llamado Juan, al cual habia ordenado obispo de Apamea, aunque estaba depuesto por un Concilio, y rehusando el pueblo admitirle, se vió precisado á volver á Antioquia, cuya Silla invadió á su vez.

El clero, los monges y el pueblo mostraban en Constantinopla gran celo por la fé; y llamaban públicamente herege al usurpador del imperio. Divulgóse entretanto la voz de que Zenon escondido hasta entonces

se habia dejado ver en Isauria, y habia alzado un ejército con el cual se dirigia á la capital. Corrió á la iglesia el cobarde Basílisco, dió satisfaccion pública, y anuló su carta circular con una ordenanza en que decia que habia sido sorprendido y queria que la fé recibida en las iglesias católicas permaneciese sin variacion, y que no se tratase ya de concilio ni de nuevo examen (1). Condenaba á Nestorio, á Eutiques y á todos los hereges, y restituia al patriarca Acacio, á quien particularmente temia, la jurisdiccion sobre las provincias de que poco antes habia permitido se le despojase. Cuando Zenon volvió efectivamente, que fué en 477, veinte meses después de su fuga, el tirano cada vez mas cobarde, fué á poner su corona sobre el altar y se refugió en el baptisterio con su hijo Marcos y su muger Zenonida que le habia metido en la heregia. Zenon prometió no verter su sangre; mas los envió á Capadocia á un castillo, cuyas puertas hizo tapiar, y allí perecieron de hambre. Al momento publicó Zenon una ley derogando todo lo que se habia hecho mientras la tiranía, así contra la fé como contra el privilegio de las iglesias, principalmente de la de Constantinopla, á la cual restableció en sus pretensiones, en términos que parecen haber sido dictados por Acacio (2). En accion de gracias de sus felices sucesos hizo públicamente muchas buenas obras, y en el lugar en que estuvo retirado edificó una soberbia basilica en honor de Santa Tecla, que decia habersele aparecido y revelado su inmediato restablecimiento: mas nada mudó en sus depravadas costumbres; y si al principio favoreció la Religion, cuyos intereses estaban tan estrechamente unidos con los suyos propios,

(1) Theod. lect. part. 4, pag. 337.
(2) Evagr. lib. 3 hist. cap. 8.

mostró después que de ningun modo estaba su corazón poseido de ella.

Con facilidad accedió á los deseos del Sumo Pontífice, que le escribió para depone-
ner á Pedro Fulon, porque este falso patriarca de Antioquia habia seguido el partido de Basílisco. Entonces Juan de Apamea halló medio de ocupar el lugar de su culpable bienhechor, del cual le echaron igualmente á los tres meses. Un eclesiástico piadoso llamado Esteban, fué elegido al punto, y ordenado canónicamente; pero apenas tuvo tiempo para recibir las cartas de comunion del Papa y del patriarca de Constantinopla, y resucitar las esperanzas de la Religion afligida; pues los hereges se apor-
tinaron con furor y le hicieron sufrir la muerte mas cruel (1). En medio de su iglesia profanada con bárbara impiedad, le atravesaron con mil punzadas de cañas aguzadas como lanzas; después arrastraron su cuerpo por las calles, y le echaron al rio Orontes. Venérale la Iglesia como mártir el día 25 de abril.

El emperador le lloró sinceramente, escribió al Papa é hizo castigar á los autores de la sedicion; y quizás toda la ciudad hubiera padecido, á no haber enviado una diputacion para aplacar al príncipe. Para prevenir nuevos tumultos pidieron los ciudadanos se les consagrara un obispo en Constantinopla. En su consecuencia Acacio ordenó para Antioquia á otro Esteban, llamado el joven para distinguirle del primero, y se hizo igualmente recomendable por su piedad. Como esta ordenacion tenia algo de irregular, y la urgente necesidad no permitia obtener de antemano la dispensa, al momento se escribió al Gefe de la Iglesia, que ratificó cuanto se habia hecho atendiendo á la necesidad de las circunstancias, sin que pudiera servir de egemplar para lo sucesivo.

(1) Evagr. *ibid.* cap. 10.